



## Isaac Torrealba, el latido de un milagro



En un rincón humilde del barrio La Esperanza II, en Regaderos al norte de Bucaramanga, en una habitación pequeña donde la vida cabe solo con lo esencial, cada mañana comienza con el sonido de una oración y el eco de una baqueta golpeando el aire. Ahí, en ese espacio sin lujos, pero con amor, Edith y su hijo Isaac han construido un universo donde la fe es más fuerte que cualquier diagnóstico y donde la música es la única certeza.

Edith, vendedora ambulante, despierta antes de que el sol asome. A las tres de la mañana, con un oído que apenas escucha y unos ojos que se van apagando con el tiempo, se alista para enfrentar la jornada. Su discapacidad auditiva y sus



problemas de visión no son excusa para detenerse. No puede permitirse el lujo de la fragilidad. Su hijo la necesita con todos sus sentidos.

Mientras Isaac sigue durmiendo, ella hierva agua, prepara café, chocolate, aromáticas y coladas. A las 4:30 a. m., regresa a la pequeña cama de su hijo para despertarlo. Su ritual es inquebrantable: un beso en la frente, un “buenos días, campeón” y el Padre Nuestro. Luego, lo ayuda a vestirse y juntos caminan hacia la plaza de mercado de Regaderos Norte.

De 5:00 a 8:00 a. m., Edith vende sus bebidas a quienes inician su jornada laboral. Isaac, con su energía inagotable, la acompaña en la venta, observa el movimiento del barrio y, de vez en cuando, tamborilea en la mesa con los dedos. A las 8:00 a. m., Edith lo lleva a la institución donde estudia y recibe atención especializada hasta las 11:30 a. m., cuando su madre regresa por él.

## **Un latido que desafió a la ciencia**

La historia de Isaac pudo haber sido otra. En Venezuela, cuando Edith tenía tres meses de embarazo, los médicos le dieron un diagnóstico aterrador: su bebé tenía malformaciones severas y debía ser interrumpido. Fue el mejor especialista en malformaciones del país quien, con la frialdad de un dictamen clínico, le entregó un papel con la orden para el procedimiento.

Pero Edith, con el corazón desgarrado, buscó respuestas en la fe. Clamó a Dios una señal, una razón para seguir. Y la respuesta llegó a través de la pantalla de su televisión, en la voz de un pastor que narraba la historia de su hijo, un niño que también había sido sentenciado por la medicina y que, sin embargo, había encontrado su propósito en la música.

En ese instante, Edith supo que no importaba el miedo, la incertidumbre ni la falta de apoyo. Isaac tenía un propósito en este mundo, y ella sería quien lo guiara para cumplirlo.



Isaac nació con síndrome de Down, una cardiopatía congénita severa y estenosis pulmonar. Su primer mes de vida fue una batalla. Una neumonía lo llevó al hospital, donde pasó tres meses en una incubadora. Los médicos insistían en que debía someterse a una cirugía a corazón abierto, pero Edith, aferrada a la esperanza, oró por un milagro. Al día siguiente, su hijo fue dado de alta.

Desde entonces, cada día ha sido un desafío, pero también un testimonio de resistencia.

## **El sonido del destino**

Isaac no necesitó que nadie le enseñara a amar la música. La música lo encontró a él. Desde pequeño, se sintió atraído por los sonidos, por el ritmo, por el latido invisible que lo conectaba con el mundo.

Fue la EMA (Escuela Municipal de Artes) de Bucaramanga la que le abrió las puertas para pulir su don. Allí, entre redobles y platillos, descubrió que su lugar estaba detrás de una batería, marcando el tiempo con una precisión que desafiaba cualquier expectativa.

No lee partituras, pero siente la música como pocos. Su talento ha resonado en escenarios como el Teatro Santander, donde ha dejado claro que su historia no es la de una limitación, sino la de una promesa.

## **El sacrificio de una madre inquebrantable**

Mientras Isaac sueña con tocar frente a multitudes, Edith sueña con verlo brillar en un gran escenario. No hay cansancio que la detenga, ni enfermedad que la haga flaquear. Ha decidido que su misión en la vida es ser la voz, el aplauso y la fortaleza de su hijo.



Cada moneda que gana en su trabajo ambulante, cada esfuerzo que hace, tiene un solo propósito: asegurarle a Isaac un futuro. No se permite llorar, no se permite lamentarse. No puede darse ese lujo porque su hijo la necesita fuerte.

—“Mi niño tiene que disfrutar su vida. Dios lo puso en esta tierra con un propósito y yo voy a estar a su lado hasta que lo vea en un gran escenario, hasta que la gente lo escuche y sepa que este niño es un milagro”— dice Edith, con la voz llena de orgullo y determinación.

Isaac, con su sonrisa radiante y su energía imparable, es la prueba viviente de que los milagros existen. No importa lo que diga un diagnóstico, ni lo que la ciencia dictamine. Lo que importa es que, cada vez que sus baquetas golpean la batería, está marcando el ritmo de su destino.

Y Edith, su primera fan, su protectora incansable, estará allí, aplaudiendo, con los sentidos que le queden, con el amor intacto, con la certeza de que su hijo, el niño que nadie creía que viviría, está destinado a brillar. “Mi niño tiene que disfrutar su vida. Dios lo puso en esta tierra con un propósito y yo voy a estar a su lado hasta que lo vea en un gran escenario, hasta que la gente lo escuche y sepa que este niño es un milagro”— dice Edith, con la voz llena de orgullo y determinación.

Isaac, con su sonrisa radiante y su energía imparable, es la prueba viviente de que los milagros existen. No importa lo que diga un diagnóstico, ni lo que la ciencia dictamine. Lo que importa es que, cada vez que sus baquetas golpean la batería, está marcando el ritmo de su destino.

Y Edith, su primera fan, su protectora incansable, estará allí, aplaudiendo, con los sentidos que le queden, con el amor intacto, con la certeza de que su hijo, el niño que nadie creía que viviría, está destinado a brillar.

**Oficina de Prensa y Comunicaciones Escuela Municipal de Artes y Oficios de Bucaramanga -EMA-**